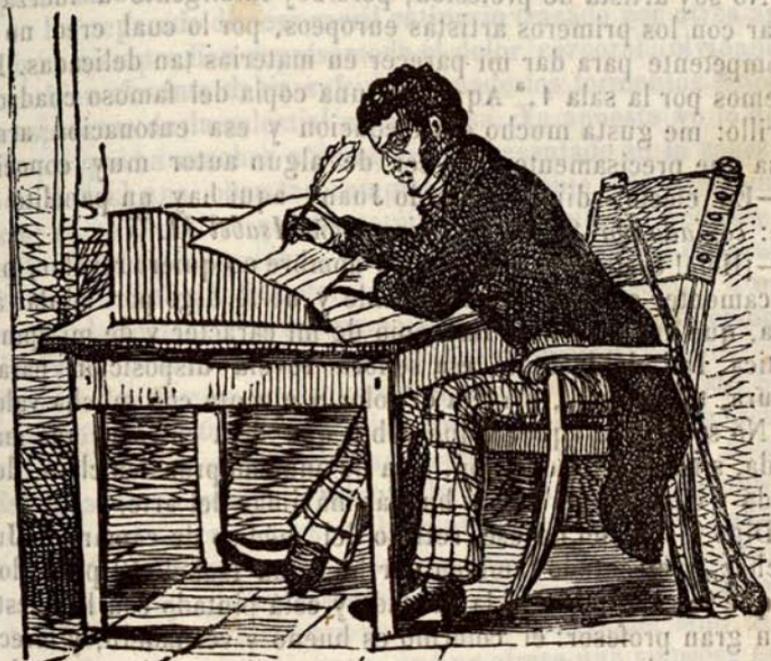


DON CIRCUNSTANCIAS,

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



ESPOSICION DE PINTURAS.

Dijo *D. Circunstancias* en uno de sus últimos brochazos que estaba tomando apuntes para hacer una crítica, razonada é imparcial, de los cuadros que se han presentado este año en la esposicion de pinturas; pero al hacer hoy el artículo de crítica no ha necesitado para nada dichos apuntes, pues le basta para llenar su objeto copiar aqui el diálogo que tuvo lugar ayer entre *Don Circunstancias*, *Juan Lanas* y cierto individuo recién llegado de Francia. Este prójimo, despues de oír el voto de *D. Circunstancias*, manifestó su opinion del modo que voy á decir.

—Muchas veces he oido hablar de los artistas españoles en el reino vecino, que ahora es vecina república, y encomiar las obras de los mas distinguidos, creciendo mi deseo de poder juzgar por mí mismo de su mérito á medida que adquiria noticias. Mi llegada á la corte de España, me ha proporcionado la ocasion de satisfacer en parte mi curiosidad, y digo en parte, porque algunos de los artistas que estan en primera línea no han espuesto nada y otros solo han presentado cosas de poca entidad artística.

No soy artista de profesion, pero soy inteligente á fuerza de tratar con los primeros artistas europeos, por lo cual creo no ser incompetente para dar mi parecer en materias tan delicadas. Empecemos por la sala 4.^a Aqui hay una copia del famoso cuadro de Murillo: me gusta mucho esa ejecucion y esa entonacion armoniosa que precisamente debe ser de algun autor muy conocido.

—En efecto, dijo mi criado Juan, aqui hay un papelito que dice: *copiado por S. M. la Reina Doña Isabel II.*

—¡Hola! exclamó el amigo cuyo nombre no quiero revelar, pues francamente, esa copia es admirable y no lo digo por adular á la reina, que eso seria algo impropio de mi carácter y de mi opinion política. Indudablemente esa señora revela disposicion para la pintura, tiene gusto, maneja el color y ejecuta con mucha valentía. No se ve ahí aquel toque débil que deja entrever una mano tímida, sino aquella decision, hija de una comprension clara, despejada y desenvuelta en las buenas máximas del arte.

Digo lo mismo de ese retrato del médico de cámara D. Juan Sanchez, y ejecutado tambien por la reina Isabel. El parecido es tal, que se confunde con la verdad, y está pintado con la maestria de un gran profesor: el colorido es bueno y verdadero, y ofrece á la vista esa hermosura que no es lo que llaman algunos artistas poesia ó idealismo.

—Pues miren ustedes, dijo un recién llegado, quien ha copiado ese cuadro de la Sacra Familia y hecho ese retrato que tanto alaban ustedes ha conseguido ya vencer dificultades de mas bulto. El año pasado ofreció en la esposicion del Liceo dos lindos fruteros, y un retrato hecho por el natural con un exacto parecido, y admirablemente ejecutado.

—Me alegro, dijo el amigo inteligente, ¡loor á la artista, y loor á D. Bernardo Lopez su pintor y maestro que le ha sabido inculcar los buenos preceptos del arte, y que ve los buenos resultados de su buena direccion y celo artístico. Aqui hay una copia del *Giorgione*, de la escuela italiana, hecha por la señora duquesa de Riánsares. Aqui estan las obras de *D. Rafael Tejeo*, obras por

cierto dignas de figurar en las principales exposiciones de Europa. El original de este retrato, es el señor Puché y Bautista á quien no conozco, pero he oído decir que el parecido es muy notable, cualidad esencial de todo retrato, y esto va unido al buen dibujo y verdadero colorido, en lo que el señor Tejeo ha dado un gran paso, según dicen, superando con mucho á todas las obras de este género que ha presentado otros años. Hé aquí también un *S. Sebastian* del mismo señor Tejeo, obra magnífica bajo todos conceptos. Estudiándola en su parte filosófica, vemos que el señor Tejeo se ha separado de ese carril rutinario trazado por otros artistas que siempre han representado el dolor corporal, olvidando que más bien el santo debía sufrir resignado los tormentos físicos con la esperanza de la celestial recompensa. Ya apuesto yo lo que se quiera á que en muchos años no se ha presentado en la exposición de Madrid una obra tan completa: su dibujo es sumamente correcto; se ve al artista que ha estudiado con fruto las bellas máximas de los antiguos griegos, y que ha sabido unir las á un grande estudio del natural. El colorido es excelente, le aseguro á usted que puede sustentar la comparación, no solo con los Ticianos, Murillos y Van-Dicks, sino con la naturaleza misma.

Otro cuadro hay aquí, del señor Tejeo también. Es un *San Antonio*; mirenlo ustedes estasiado, contemplando al niño *Jesus* que se le aparece en el aire resplandeciente de gloria y de belleza. Este cuadro me revela el talento del artista que sabe comprender el estilo y manera con que debe pintarse cada asunto, según el género á que pertenece. El niño es admirable, no hay exageración en su dibujo; la naturaleza se vé ahí embellecida, pero se vé á la naturaleza; su blancura no es la del albayalde, sino la de esa carne tiernísima, pero jugosa, que no ofrece una rigurosa transparencia, pero que manifiesta bien que circula la sangre por debajo de la epidermis. El color está empastado y modelado con una blandura y morvidez que en caso de tocarlo parece que ofrecería el peligro de ceder al impulso de los dedos. La cabeza del Santo es de un carácter noble á la par que severo, y tampoco hay exageración: reconócese en sus facciones al penitente religioso, y manifiesta en su expresión el gozo y respeto que experimenta contemplando el singular favor de que se presente á sus ojos el Salvador del mundo. Así es que el pintor, profundo conocedor de la verdad, le ha puesto en el acto de caer de rodillas. El colorido dorado de su rostro no desfigura nada la belleza de sus formas; las manos están dibujadas y pintadas con tal verdad é inteligencia anatómica que dejan ver las partes de que se componen sin

confusion ninguna y sin que distraigan del objeto principal al observador entendido. ¡Feliz el artista que sabe arrebatarse de entusiasmo á los espectadores con esas creaciones que pueden calificarse de sublimes!

Juan Lanas hizo al llegar aquí un ademán de aprobacion, y *D. Circunstancias* hizo otro tanto; que era necesario ser muy leño para no experimentar una agradable emocion al oír unas reflexiones tan verdaderas y profundas. Despues de esto pasó nuestro inteligente amigo á examinar los cuadros de *D. Federico Madrazo*, pudiendo decirse que habló como un libro.

—La colocacion de los cuadros del señor Tejeo, dijo el amigo, perjudica mucho á este retrato de cuerpo entero del señor duque de Riánzares (obra de dicho *D. Federico*), porque no puede menos de experimentar la vista una impresion desagradable al pasar de una suavidad y morvidez tan gratas á un estilo tan contrario como el que se nota en el retrato del señor duque. He venido muchos dias y he permanecido largos ratos aquí para formar un juicio exacto é imparcial, y apartando de mi imaginacion lo que habia oido hablar de este autor, y despues de un maduro examen, he sacado en limpio una verdad de Perogrullo, á saber, que á los artistas se les debe juzgar delante de sus obras, desechando toda prevencion favorable ó desfavorable y presentando la verdad desnuda de toda pasion. Nadie niega que el señor Madrazo es un artista de mérito, y cuando yo hable del señor Madrazo en este sentido, me refiero á *D. Federico* y no á *D. José*, el cual ya sabemos todos que no es artista bueno ni malo. Pero por lo mismo que *D. Federico* tiene mérito debe sentirse que ofrezca tantos puntos de ataque á la crítica desapasionada. Además, creo que se hace un favor á los hombres que gozan popularidad cuando se les indican los defectos que tienen sus obras, y bajo este punto de vista la crítica es mas provechosa que ofensiva, porque enseña. Voy á emitir mi opinion que no tiene nada de parcial. En la cabeza del retrato del señor duque se nota un color que no es el del original, como podrán observarlo cuantos conozcan el original, pues siendo este moreno, no sé por qué el pintor ha de haber empleado en el retrato un color tan claro y brillante, sobre todo en la frente, advirtiéndose tambien en los oscuros que no parecen de la misma tinta general por su poca transparencia y su mucha dureza. El retrato, sin embargo, es de los mas parecidos que ha hecho el señor Madrazo (*D. Federico*). El cuerpo correspondé al estilo favorito de este autor empeñado en embellecer la naturaleza, y ha llevado hasta tal punto la exageracion, que á un hombre de la talla y robustez del señor duque,

le ha puesto pies minúsculos. Yo no sé si la naturaleza es susceptible de embellecimiento, pero sé que lo que tanto se aparta de la naturaleza y de la verdad carecen de belleza. En las manos quisiera yo que el señor Madrazo (D. Federico) manifestase mas la parte de dibujo é inteligencia anatómica, pues tengo entendido que el señor Madrazo (D. Federico) siempre deja dudas sobre este punto. Estráñame sobre todo al ver la banda de Carlos III que lleva este retrato tan prolija y minuciosamente copiada (aunque con dureza); estráñame, repito, que olvide las manos, omitiendo las partes necesarias que no ha olvidado ningun buen artista hasta la presente, llevando hasta el extremo la exageracion de los planos y cuadraturas, de modo que la izquierda parece hecha con una escuadra. El todo de la figura está algo recortado, asi como creo que los bordados tienen mucho de bandeja, estan llenos de exageracion y faltos de estudio, pues el natural ofrece diversidad de tintas trasparentes que el autor no ha copiado por una de tres, ó porque no ha querido, ó porque no ha podido, ó porque no ha sabido. Juzgo inútiles los toques de albayalde que ha dado en los claros; esos claros tan cargados, recargados y sobrecargados de color, que no se conciben sino por ese alarde que D. Federico quiere hacer de franqueza y maestria, pero que no se ven en el natural ni los ha autorizado ninguno de los maestros del arte. Veo igualmente que las tintas del fondo son monótonas, y que tiran á un color gris. Sin embargo, el estilo es agradable, y aunque las tintas no sean verdaderas gustan á primera vista y engañan al espectador que no es inteligente.

—Conozco que no soy inteligente, dijo Juan Lanas al llegar aqui, porque á mi me gustan mucho esos colores tan chillones y tan majos.

—Pues ahí puedes ver la diferencia que hay de unos pintores á otros, exclamó D. *Circunstancias*. Las obras de D. Federico Madrazo te encantan á tí y las de Tejeo nos encantan á todos.

—Yo aconsejaria al señor Madrazo (D. Federico), continuó diciendo el incógnito, que ya que procura en sus obras imitar la escuela francesa, no se inclinara á los artistas vulgares, pudiendo estudiar á *Paul de la Roche, Ingre, Scheffer, Wernet etc.*, porque estos siguen la escuela de la naturaleza bien entendida, y no se vé en sus producciones ese amaneramiento que fastidia: siempre son variados en sus composiciones segun los asuntos que desempeñan; siempre sublimes en sus diferentes obras.

Hé aquí otro retrato hecho por el señor Madrazo (no D. José sino D. Federico). Miren ustedes esa niña sentada sobre un al-

mohadon. El pintor se ha olvidado sin duda de que este asiento es blando y flexible y que el peso de la niña debía naturalmente hacer alguna impresion en él, lo que aqui no se verifica, y de no verificarse creo que hace falta en el cuadro una nota que diga: «Este almohadon no se hunde, porque en lugar de pluma ó lana está lleno de cal y canto.» En las tintas de las carnes se nota un color ceniciento y sin jugo, de modo que cualquiera diria que esa niña tiene la carne de marmol, cosa muy impropia de esa edad en que el cutis es fresco y trasparente como se vé en los niños del gran Murillo y en el del hermosísimo del S. Antonio que hemos visto del señor Tejeo (que pueden compararse muy bien por hallarse uno en frente de otro). El cuello de esta niña es tan delgado en razon á la cabeza, que parece no podria sostenerla, y aquí hubiera sido muy del caso la máxima que tanto domina al señor Madrazo (D. Federico, que á D. José ni aun eso), de querer embellecer á la naturaleza y que debió aplicarla supuesta la imperfeccion en el natural. A pesar de estos defectos, reconozco un mérito particular en la imitacion de las telas, asi como en la limpieza de la ejecución.

Aquí tiene D. Federico otro retrato que dicen es de su hermano D. Luis; lo mismo, por variar; poca miga y sin graso alguno, de modo que creo estar viendo una aguada al óleo. El rostro debia pedir un poco del color que sobra á la camisa. Ademas esa boca es muy chica, y segun informes la boca de D. Luis no es tan chica.

Miren ustedes otro cuadro del mismo; es un jóven vestido de escocés que está muy bien ejecutado, en particular lo delicado del toque, capaz de exaltar á los superficiales inteligentes. Ese perrito tiene gracia y es lo mejor del cuadro, pues el cielo, las aguas y los matorrales tienen un tóno brillante que se viene encima de la figura causando una confusion que pugna con las buenas máximas del arte. Si no se hubiera sacrificado el fondo y no se hubieran puesto esos chispazos de claro en la figura, no se distraeria la vista del observador hasta el punto de olvidarse de la cabeza, que debe ser el objeto principal del profundo inteligente. En fin, la escena del cuadro más bien parece que pasa en un salon cerrado ó entre cristales que en el campo, pues se echa de menos el aire interpuesto, y falta esa entonacion que ofrece la naturaleza por medio del ambiente, no presentando nunca esa limpieza tan estremada en todos los objetos.

—¿Qué te parece, Juan, de este hombre? preguntó D. Circunstancias.

—No me parece rana, contestó Juan.

—Ni á mí tampoco. Eso es lo que se llama criticar con razones, y no olvidare nunca la elocuente leccion que he recibido.

(Se continuará.)

LA REPUBLICA EN BADEN.

La República acaba de proclamarse en Baden. Un trono mas ha caido : un pueblo mas se ha levantado. En el corazon del imperio germánico, mas allá del Rhin, de donde hace cincuenta años venian los ejércitos que combatian la República francesa, se acaba de obrar esa misma revolucion que entonces provocó contra sí la conjuracion de todos los pueblos de Europa. ¿Qué ha sucedido, pues, en ese plazo que así han cambiado las cosas? ¿Qué conquistador ha borrado con su espada esos límites naturales que trató de atravesar en vano la anterior revolucion? ¿De dónde ha venido esa fusion de intereses que hace proclamar á los pueblos de allende el Rhin lo mismo que antes vinieron á combatir de la parte de acá de ese rio fecundo? ¿Se han movido las razas de su asiento? ¿Se han igualado por la desgracia? ¿Se han reunido para la felicidad? ¿Qué motivo ha obrado esa amalgama? ¿Qué movíl poderoso se ha puesto en juego para producirla? ¿Casamientos de reyes? ¿Grandes concilios? ¿Congresos europeos? ¿Pactos? ¿Protocolos? ¡Oh! nada de eso; los pueblos no han tenido que decirse ni una sola palabra para entenderse. Ni se han reunido, ni se han visto, y sin embargo todos proclaman una misma cosa. Eso prueba que en el fondo de las cuestiones diversas que agitan á la humanidad, hay un principio generador que las anima á todas, y que á todas las resuelve. Para llegar á la solucion de ese principio, los unos toman un camino, los otros otro; pero al fin y al cabo todos llegan á un mismo término por el desengaño. El desengaño se encarga de destruir todos los castillos y todas las ilusiones de la imaginacion popular, y viene en un dia dado á determinar el sentido verdadero de las cosas.

Esa ley inevitable, ese destino enaltecido que lleva al hombre y á las sociedades por vias distintas á su perfeccion, debia estar siempre ante los ojos de los que quieren tiranizar al espíritu humano, para recordarles lo ineficaz de sus esfuerzos. Patentes son ahora los ejemplos: la reaccion intriga y mina los ánimos en Berlin y en Francfort: la ciudad que servia de asiento á la Asamblea popular de la Alemania, vé á las tropas prusianas triunfantes sobre las barricadas del pueblo: los tiranos entonau un himno de alabanza al

Dios de los ejércitos que ayuda á la opresion: las pretensiones tiránicas de algunos príncipes; las ambiciones feudales de algunos señores de los que aun conservan una preeminencia inconcebible en el corazon de ese raro imperio, alzan su cabeza y se la ciñen de los laureles de la victoria: los siglos medios se levantan de su tumba para aplaudir; el espíritu moderno parece quedar vencido, y ya la dieta de Francfort no será mas que una Asamblea encargada de dirimir las contiendas y de arreglar los intereses de los príncipes y de los privilegiados. ¡Vano error! ¡presuncion vana! En los mismos momentos del triunfo, el Vicario del imperio, que ya soñaba con una dictadura señorial, recibe la noticia de que en uno de los países mas dotados y favorecidos por la naturaleza, y donde la tiranía por lo tanto parece debe ser mas leve, el principio republicano acaba de vencer y de instaurarse. El gran ducado de Baden, rica herencia de la casa de Hochberg, ha pasado de las manos de un rey á las de un pueblo. Las instituciones constitucionales otorgadas por Carlos Luis Federico en 1818, eran ya ligaduras y lazos demasiado prietos para los desarrollos que necesitaba el espíritu popular. Por eso ha saltado por encima de ellas dejando frustradas las esperanzas de los que habian creído que á la vida y á la animacion expansiva de las sociedades se las podia poner límites.

Así, pues, ved enturbiado el triunfo glorioso que habia adquirido la reaccion en Francfort y en Berlin. Ved la impotencia de los que creyéndose superiores á la inevitable necesidad de las cosas han cantado el himno de la victoria sobre el cadaver de las libertades de un pueblo, cuando el espíritu que animaba á este no ha hecho mas que cambiar de localidad, pero sin perder en lo mas mínimo de su fuerza. Gran conquista ha sido la de la reaccion: ha pesado con todo su poder sobre un punto para hacer por su misma violencia estallar el espíritu comprimido por otros ciento.

Porque la República fundada en Baden no es una República que se limite á los términos naturales de su territorio: proclama por el contrario la propaganda y se presenta como la primera que dá el paso en una senda en que los demas le han de seguir. Anúnciase no como la República de Baden, sino como la República de la Alemania.

No se engría, pues, la tiranía ni piense que su triunfo es seguro, porque haya momentos en que parezca inclinarse la balanza de los destinos humanos en favor de su causa. El pueblo está en camino de una rehabilitacion completa que nada impedirá.

Otro dia tendremos ocasion de ocuparnos mas por estenso del notable acontecimiento que motiva este artículo, y de las influencias que pueda ejercer en la masa general del imperio germánico, dispuesto, como otro ningun estado, á recibir el impulso de la revolucion.

SE VA MI SOMBRA, PERO YO ME QUEDO.

—¡Juan!... ¡Juan!... ¡Juan! ¡y tres veces Juan!

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Señor! ¡y cien veces señor!

—¿Han traído algún periódico?

—Sí señor, ahí están todos.

—¿Y qué dicen de nuevo?

—Nada de particular. Todos ocupan sus columnas con la cuestión del día.

—Si no dices más que eso no podré entenderte, porque en el día hay muchas cuestiones. Cuestión del día es el asunto de las prisiones, el del Banco, el de la facción, el de las ferias, el de las contribuciones.... en fin, son tantas las cuestiones que escitan en el día el interés general, que no me das ninguna luz con tu contestación.

—Pues ha de saber usted que hay un asunto más nuevo que todo eso, y del cual quisiera yo que nos ocupáramos un momento.

—Según sea el asunto. ¿Es malo ó es bueno?

—Es bueno, es bello, es magnífico. Se trata de la célebre poetisa doña Carolina Coronado, y me parece que no hallará usted nada de hipérbole en mis calificaciones.

—En efecto: hace mucho tiempo que conozco á esa señorita por sus composiciones poéticas y hubiera tenido un placer en contribuir á los obsequios que la ha tributado el gremio de los literatos madrileños.

—Pues ¿por qué no lo ha hecho usted?

—Porque yo no pertenezco á esa sociedad de bambalinas en que la señorita Coronado se ha presentado á recibir las ovaciones debidas á la hermosura y al genio. Desgraciadamente para España, estamos acostumbrados á dar un tinte político á toda corporación, de modo que cuando se inaugura un establecimiento cualquiera, no podemos llamarle á secas literario, artístico, científico, comercial, sino político-literario, político-artístico, político-científico, político-comercial, etc. Así, cuando oímos hablar de una nueva sociedad, aun de esas de cuya bandera se descarta la palabra *política*, lo primero que nos ocurre preguntar es si dicha sociedad es progresista ó moderada, republicana ó absolutista, como si las letras, las ciencias y las artes tuvieran nada que ver con estas denominaciones.

—Eso es fatal.

—Sí, pero no podemos huir de semejante fatalidad, y yo mismo que me lamento de tales vicios por lo injustificables y por lo que coadyuvan á perpetuar los odios políticos y personales, yo mismo, repito, suelo caer cada dia en la tentacion, llegando á tal extremo mi intolerancia, que trato de investigar el origen de todo lo que entra en mi casa, hasta de los artículos.....

—¿Los artículos de fondo?

—No hombre, no; hablo de los artículos de primera necesidad. Así es que consentiría no comer, primero que comprar el pan en una tahona moderada y andaría sin zapatos antes que dar de comer á un zapatero servil. Esto, como cualquiera lo conoce, es lógico mientras nuestros contrarios nos ofrezcan los ejemplos que nos dan diariamente de exclusivismo y animadversion, y bien insensatos seríamos los progresistas en hacer el caldo gordo á los moderados, cuando los moderados no tienen para los progresistas mas que veneno, odio y venganzas.

—Cada loco con su tema. Yo digo lo mismo, *D. Circunstancias*; nada de parsimonia con nuestros enemigos irreconciliables. Odio al que nos tenga odio; hé aquí mi sistema del cual no pienso corregirme, que ya es hora de que nos avergoncemos de las necedades que hemos hecho y que nos han llevado al precipicio. Nosotros siempre hemos sido humanos con los débiles y generosos con los vencidos, y en recompensa hemos recibido todo género de ultrages. Estos escarmientos pueden servirnos de leccion provechosa para el porvenir, y puesto que los moderados acostumbran á ver en cada progresista un enemigo, acostumbremos nosotros á ver un enemigo en cada moderado.

—¡Qué exagerado eres, hombre! Tú estas haciendo todo lo posible para visitar las islas Filipinas.

—Pues le aseguro á usted que eso de embarcarme no me hace maldita la gracia, y tengo para ello muchas razones, entre otras la que dicen que dió en cierta ocasion el general Castaños para no aceptar un destino en Ultramar. Así es que haré todo lo que pueda porque no me hagan viajar en el caballo de palo; y si digo lo que digo, es porque veo la intolerancia que caracteriza á nuestros adversarios políticos.

—Que nos caracteriza á todos, debias haber dicho; porque á esa intolerancia se debe el que no figure mi nombre en ciertas sociedades, que siendo literarias en la apariencia, son políticas en el fondo. Y hé aquí por qué no me ha sido posible contribuir como hubiera deseado á esas demostraciones de afecto que los escritores de la corte han creído justo tributar á la inspirada poetisa Doña

Carolina Coronado. Ya que he dicho todo lo que tenia que decirte sobre el particular, dime tú lo que contienen los periódicos acerca de la que con tanta oportunidad llamas *cuestion del dia*.

—Versos de la señorita Coronado despidiéndose de los poetas madrileños, y versos de algunos de estos poetas, dedicados á la señorita Coronado.

—¡Versos! ¿Nada mas que versos? Ya veo yo que en el dia no sabemos salir de los versos. Dentro de poco vamos á ver que los criados nos ponen la cuenta de la cocina en romance; que las autoridades nos hagan las alocuciones en octavas reales; que los diputados peroren en quintillas, y que el poder nos estermine á endecasilabazos.

—Tiene usted razon, porque yo mismo que antes esperaba una repugnancia invencible hácia la poesia, me he convertido hoy en aprendiz de poeta.

—¿Cómo? ¿Tú has hecho versos? Buenos serán ellos.

—No son muy buenos, pero para ser de un principiante, pueden ponerse en paragon con otros de los que pasan por maestros, y sino escuche usted:—*A doña Carolina Coronado*

—¡Hola! ¿Tambien tú...? ¡Pobre Carolina!

Permiteme que te exhorte á recobrar lo perdido.

¿Qué pecado has cometido para venir á la corte?

Quizá los hados perversos te ofrecieron esta lid para echarte de Madrid huyendo de nuestros versos.

—Yo, señor *D. Circunstancias*, no creo que mi composicion sea digna del objeto que me la ha inspirado, ni abrigo la pretension de publicar estos borrones; pero deseo que oiga usted mis versos y tenga la bondad de corregirlos.

—Adelante.

—Escuche usted.

A Doña Carolina Coronado.

Bien haya el feliz ambiente,
tórtola pura y galana
que te arrulló dulcemente
junto á la mansa corriente
del cristalino Guadiana.

Ya que á exhalar tristes quejas

tendiste á la corte el vuelo;
 ¿por qué tan pronto te alejas
 y en el hondo desconsuelo
 de la soledad nos dejas?

Deidad que en talento escedes
 al que su deidad te nombra,

muy mal consolarnos puedes,
aunque tú en Madrid te quedes
si huye de Madrid tu sombra.

Apaga la sed insana
 de este errante peregrino:
 danos á probar ufana
 el agua de tu fontana
que escanciada por tí es licor divino.

—Déjalo, Juan, no leas.

—Pues que ¿leo mal?

—No, pero déjalo, Juan.

—Pero ¿no quiere usted que le lea toda la composicion? Si falta ya muy poco.

—No importa, déjalo y faltará menos. Tengo yo un timpano muy delicado y no quiero que me le destroces con esa prolongacion de sonidos desacordes.

—Señor *D. Circunstancias*, ya le he dicho á usted que yo no tengo la pretension de pasar por poeta, aunque otros con menos títulos y motivos han invadido el templo de las musas. Usted es muy exigente y no se hace cargo de que siendo yo un principiante, no tengo obligacion de cantar como un maestro.

—Los ruiñeñores son maestros desde que empiezan á cantar. Yo no exijo de tí que conozcas todas las reglas de la música, pero exijo de todo cantante sea tiple, tenor ó bajo, que no falte á las condiciones de la armonía, porque eso hace muy mal efecto y destruye todo el encanto de la melodía.

—Bien; pero ya que es usted tan aficionado á poner faltas ¿por qué no nos da usted una muestra de su numen poético dedicando algunos versos á la señora *Coronado*?

—Porque no sé si los haria buenos ó malos, y yo digo lo que el otro en su arte de tocar las castañuelas «caso de tocarlas, mas vale tocarlas bien que tocarlas mal.» Yo tendria mucho gusto en hacer lo que me dices, Juan; pero me contengo, porque no me atrevo á creer que seria capaz de hacer versos dignos de la señorita *Coronado*, y tambien porque considero que esta apreciable señorita debe estar muy escamada, pues si bien es verdad que

ha podido observar en el semblante de cuantos la han escuchado y oído las simpatías que justamente goza, también lo es que estas simpatías no se han manifestado en los versos que se la han dirigido; sobre todo en tus versos.

—Confieso que mis versos no son dignos; confieso que no sirvo para el paso, pero yo quisiera que usted hiciera algo, aunque no fuese más que un par de quintillas.

—¿Nada más que un par de quintillas?

—Nada más.

—Pues si no es más que eso, te voy á complacer. Toma la pluma y escribe lo que yo vaya dictando.

—Vaya usted diciendo.

—«Cantora ilustre y divina»....

—«Cantora ilustre y divina.»

—«Ya sé que es moda el glosarte.»...

—«Ya sé que es moda el glosarte.»

—«Como á deidad peregrina.»....

—«Como á deidad peregrina.»

—«Y mas moda el dedicarte.»...

—«Y mas moda el dedicarte.»

—«Malos versos, Carolina.»

—«Malos versos Carolina.»

Al llegar aquí, soltó el amigo Juan Lanás la pluma, diciendo:

—Basta.

—¿Cómo qué basta?

—¿No le dije á usted que un par de quintillas?

Y es que el buen Juan había escrito dos veces cada verso, una por mí y otra por él, de modo que realmente había hecho dos quintillas de una, ó si se quiere una quintilla duplicada, cosa muy nueva en la poesía.

—Mira, le dije, mas vale que me des la pluma y yo escribiré la otra quintilla, no sea que pongas alguna otra barbaridad. ¿Dónde llegábamos?

—Iba usted diciendo que la última moda consiste en dedicar malos versos á la señora Coronado.

Tomó, pues, *D. Circunstancias* la pluma, y escribió la segunda quintilla, que es como sigue:

Eso de cumplir contigo,

es cosa que me acomoda;

mas, francamente lo digo,

aunque te enojés conmigo

no quiero seguir la moda.

SUMA Y SIGUE.

—Sea muy enhorabuena *D. Circunstancias*.

—¿Pero á qué viene eso, amigo Juan?

—¿Sabe usted lo que tiene? Que cuando le llaman viene; y viene á cuento, porque hoy estoy fuera de mis casillas con los plácemes y ovaciones que he recibido por todas partes á consecuencia de los artículos que lleva usted publicados acerca de los bancos que parecen bancas y de los banqueros que amenazan bancarrotas.

—Está muy bien; pero yo supongo que no te habrás tú atribuido el mérito de esos artículos, y por consiguiente que los aplausos que has recibido habrán sido con condicion de que me los endoses.

—Por supuesto.

—En ese caso, puedes ir recogiendo todos los plácemes que quieras, pues no haya cuidado que yo tenga envidia de tus triunfos.

—Dicen que están asombrados de ver que usted todo lo sabe, y mas asombrados todavia de no poder adivinar quién es el que le suministra á usted tantas noticias.

—Ni es fácil que lo adivinen! Tengo yo un agente misterioso que heredé de mi amigo, vecino y pariente el *Tio Camorra*, que me pone al corriente de todo lo que pasa, porque todo lo sabe sin miedo de que le descubran, como que se parece al marqués de Villena que andaba sin sombra.

—Sin embargo, dicen que puede usted hablar mucho sobre el particular y que hasta la presente no ha dicho usted nada. Los individuos que han sufrido el varapalo están muy enojados, aunque sin motivo en mi concepto, porque yo no veo que haya usted dicho nada malo.

—Es que lo malo empieza ahora, amigo Juan, lo malo empieza ahora, y esos señores se quejan sin duda en profecía; es decir, no por los latigazos que han recibido, sino por los que tienen que recibir.

—Lo que generalmente se ha estrañado, es que no haya usted dicho nada de Orlando, comisario régio que fué del Banco de San Fernando, cuando ocurrieron esos trapicheos que nadie ignora, y de los que ya entienden los tribunales, porque todo el mundo sabe que nada se hubiera llevado á efecto, sino lo hubiera consentido el señor Orlando. Asi es, que este señor pasa por el hombre

mas afortunado de la tierra, y con razon, puesto que él ha sido comisario régio del Banco, ha sido ministro, le han hecho Conde, nadie le persigue y para colmo de su fortuna, ni siquiera *D. Circunstancias* le quiere dedicar una sátira, desperdiciando quizá el mejor de los asuntos.

—No tengas cuidado Juan, pues para todos habrá, que no es Dios viejo, y hay mas dias que longanizas. Por ahora déjame plantar la bigornia sobre el Banco de Fomento, que aun tengo que dar muchos martillazos encima de su alma.

—Me convenzo, señor, me convenzo; pero quisiera que fuera usted mas explícito y no que va usted diciendo las cosas con tanta diplomacia que nadie las entiende.

—Estas equivocado, Juan, todo el mundo las entiende, y los interesados mejor que todo el mundo.

—Dice usted por ejemplo que hay individuos que deben al Banco de Fomento, y que no quieren ó no pueden pagar, y que la Direccion, tanto como la Junta de gobierno, tienen miedo de apremiarlos. Pues bien, eso no basta, señor *D. Circunstancias*, el pueblo quiere las cosas muy claras para entenderlas bien, y si yo fuera redactor de un periódico diria: «los que deben al Banco de Fomento y no pueden ó no quieren pagar, son los señores D. Juan José Carrasco, D. Angel Izquierdo, D. Leopoldo de Pedro, conde de Yumury, D. Andrés O-Brien, etc. etc.; y otros que tienen dados pagarés, muchos de ellos con garantías, y los que no, con embargos: véndanse las garantías y los embargos; cóbrese el Banco el capital y los intereses, y devuelva luego á los dueños de los solares las cantidades que resulten.

—Eso es lógico, amigo Juan, veo que hablas lo mismo, lo mismo que si tuvieras entendimiento; pero ¿qué quieres? cuando las Juntas Directiva y de Gobierno no lo hacen, será porque temen que aquellos revelen alguna travesura de estas.

—Ahora que me acuerdo, señor, cuando tenga usted que llenar un huequecito del periódico, puede usted decir que los Directores y Junta de Gobierno de la Compañía española general de Comercio han hecho dimision.

—A Dios con mil demonios. ¿Y no se sabe por qué causa?

—Se dice que a consecuencia de un enjuague de acciones cuyos autores principales son los señores Murga, Bárcenas y otros por el estilo.

—*D. Circunstancias* estará alerta, y tan pronto como sepa algo ya en tono serio ó de chungá, como de hablar tiene ahinco,

les dirá cuántas son cinco

con mucha sal y sandunga.

—En ese caso tendrá usted que decir también algo de su amigo.

—¿Qué amigo?

—D. Jacinto.

—¿Qué D. Jacinto?

—Felix.

—¿Qué Felix?

—Domenech.

—¿Y por qué?

—Como Director gerente de la Compañía.

—Pues estás equivocado.

—No lo crea usted, no estoy equivocado; ya presumia yo que no atacaría usted al señor D. Jacinto Felix Domenech. —¡Oh! soy yo muy pillito.....

—Lo que eres tú muy cándido, amigo Juan, y ten entendido que si yo no digo nada del señor Domenech, es porque nada tengo que decir en contra de este señor, porque su entrada en la Compañía de Comercio es posterior al enjuague de que se me ha hablado. Y cuidado que tú te propases á decir una sola palabra que menoscabe la reputacion de este sugeto.

—No señor, no haré yo tal; pierda usted cuidado.

—Es que yo te haré perder el sentido, aunque bien mirado eso es algo difícil, porque nadie puede perder lo que no tiene.

En el *brochazo* anterior, perteneciente al día 27 del actual, se censuró en un diálogo, bajo el epígrafe de *Gracias á Dios*, la publicidad que habia dado el Gobierno al parte de la accion del monte de Boadilla, sin mas objeto que hacer recaer la censura sobre la circunstancia de la publicidad. El señor Moreau, que dirigió aquella operacion, se ha considerado ofendido y pedido las esplicaciones oportunas; y como nada ha estado tan lejos del ánimo de D. *Circunstancias* como dar á su artículo carácter ninguno de agresion personal relativamente á dicho señor, se complace en desvanecer cualquiera desfavorable impresion que los términos en que dicho artículo se halla redactado hayan podido producir en el ánimo de del señor Moreau, persona que le era desconocida y de cuyo pun-donor y prendas militares ha tenido posteriormente las noticias más satisfactorias.

Editor responsable, D. MANUEL TUREZ.

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.